

¡Pobre loca, que en su intento,
sin que de su afán se corra,
ama con ardor violento
memorias que el tiempo borra,
cenizas que lleva el viento!

¡Oh, muy loca es quien no ha oído,
porque escarnecerla puedan,
que en este mundo fingido
sólo pagan con olvido
á los que van, los que quedan!

XXVIII

BUENAS COSAS MAL DISPUESTAS

EPÍSTOLA Á EMILIA

(SÁTIRA CONTRA EL GÉNERO HUMANO)

*Verdadera miseria es vivir en la tierra.
Cuanto el hombre quiere ser más espiritual,
tanto le será más amarga la vida; porque
siente mejor, y ve más claro los defectos de
la corrupción humana.*

(KEMPIS, lib. I, cap. XXII.)

INTRODUCCIÓN

Del hombre, Emilia, las virtudes canto,
aunque al hombre al cantar, siempre sin calma,
cayendo está sobre mi risa el llanto.

Dicen que lleva la moral la palma
con el físico el alma comparando;
mas tan ruin como el cuerpo tiene el alma.

Perdonad mi opinión los que llamando
al hombre la mejor de las conquistas,
un culto le rendís; ¡culto nefando!

Hablo con vos, ilusos moralistas;
con vos, factores de virtudes, hablo,
que en el hombre miráis cosas no vistas.

Vos, alzando un aurífero retablo,
ponéis al hombre en preeminente nicho,
siendo digno de altares como el diablo.

Vos, que le amáis por bárbaro capricho,
sois, su hipócrita instinto disculpando,
más hipócritas que él: lo dicho, dicho.

Y en prueba de inmortal munificencia,
echó á sus pies con paternal contento
la fe, el amor, la gloria, la conciencia,
el honor, la virtud, el sentimiento.

Vos, al hombre en vosotros adorando,
vivís, amantes de vosotros mismos,
la humanidad falaces incensando.

¡Huid, con tan revueltos silogismos,
á la luz con que alumbro, temerario,
del corazón los múltiples abismos!

Derrocad por pudor vuestro escenario,
ó, agitado á mi voz el pueblo, arguyo
que os romperá en la frente el incensario.

Mas ya de vos, sin ahuyentaros, huyo,
porque altivo desprecio á los histriones,
y en santa paz mi introducción concluyo:

Cuando, cual don de sus mejores dones,
Dios hizo al hombre, le adoptó por hijo,
y en su afán le colmó de bendiciones.

Y en cuanto al hombre su Señor bendijo,
— Si ennobleces con esto tu existencia,
serás mi ser más predilecto, — dijo.

I

EL SENTIMIENTO

Qué dirás que hizo el hombre, aun inocente,
al verse de virtudes opulento?
(No te rías, Emilia.) Lo siguiente:

Al *sentimiento* se acercó al momento,
y echando al corazón en hora mala,
se colocó en la *piel* el *sentimiento*.

La aprensión, vive Dios, no fué tan mala,
porque en su alma el dolor jamás se ceba,
pues siempre fácil por su piel resbala.

Así el dolor de la más triste nueva,
si un aire se lo trae, cuando pasa,
otro aire, cuando pasa, se lo lleva.

Y así el alma, en sentir, es tan escasa,
cuando antes por la piel el *sentimiento*
con ímpetus brutales no traspasa.

¡Ay! ¡Por eso se olvidan al momento
el muerto padre, que á llorar provoca,
la ausencia de un amigo, y de otros ciento!

Y así al alma en su fondo nunca toca,
la lumbre de unos ojos que se inflaman,
el regalado aliento de una boca.

Y por eso nunca oye á los que le aman,
cuando, con voces de dolor gimiendo,
del corazón contra las puertas llaman.

Y solamente con la *piel* sintiendo,
el hombre vil con corazón vacío
(de golpes y estocadas prescindiendo),
sólo le afectan el calor y el frío.

¿Lo has oído, bien mío?
¡Sólo le afectan el CALOR y el FRÍO!

II

LA CONCIENCIA

El hombre, por su infamia ó su inocencia,
se puso en el *estómago*, y no es broma,
la Augusta cualidad de la *conciencia*.

Por su *conciencia* el hambre á veces toma,
y por eso en el hombre nadie extraña
que su deber olvide porque coma.

¡El alma enciende en implacable saña
ver la *conciencia* á la opresión expuesta
de un atracón de trufas y Champaña!

¡En alta voz mi corazón protesta
contra esta rectitud del hombre fiero,
puesto que de él la rectitud es esta!

¿Quién espera en la fe de un caballero,
si otro contrario regaló su panza
(hablo siempre en metáfora) primero?

¿Quién verá sin impulsos de venganza
que un cuarterón de... (cualquier cosa) inclina
de la justicia la inmortal balanza?

¡Miseria humanidad, á quien domina
ya de una poma la frugal presencia,
ya el aspecto vulgar de una sardina!

Jamás un noble escucha con paciencia
que llame á su despensa, algún ricacho,
general tentación de la conciencia.

¿A qué alma sin doblez no causa empacho
ver que el hombre, honrosísimas cuestiones
las reduce á cuestiones de gazpacho?

Decid, ¡oh diplomáticos varones!
los muchos tratos que hacen y deshacen
pechugas de perdices y pichones.

El hambre ó el interés deshacen ó hacen
cuanto ofrece aumentar nuestra opulencia,
pues como dicen los que pobres nacen:
«El hambre es quien regula la *conciencia*.»

Añade á tu experiencia:
que el hambre es quien regula la conciencia.

III

EL HONOR. — LA VIRTUD

VIRTUD Y HONOR, Emilia, y no te asombre,
puso el hombre en la *lengua*, y por lo mismo
de *honor* y de *virtud* tanto habla el hombre.

De su *virtud* y *honor* el heroísmo
pondera altivo, hablando y más hablando,
silogismo añadiendo á silogismo.

Siempre al hombre más vil verásle alzando
un pedestal donde su honor se ostente,
las frases con las frases combinando.

Rico ó pobre, el mortal eternamente llama á su honra *el amor de sus amores*; ¡maldito charlatán, y cuánto miente!

Jamás á la *virtud* faltan loores de las doncellas en la linda boca, cráter que el mayo coronó de flores.

Hay tanta lengua que el *honor* evoca, que, ya ofuscada mi razón, no explico si á risa, á llanto, ó á indignación provoca.

Perpetuamente en expresiones rico, ¡qué hermoso fuera el hombre si tuviese las entrañas tan bellas como el pico!

En general, si hay uno que os confiese que es la virtud su solo patrimonio, bien podéis exclamar: «¡Qué pobre es ese!»

Ó buscad de su *honor* un testimonio; veréis que por dos cuartos... (y son caras) su *honra* y *virtud* se las vendió al demonio.

Pues como dijo el Padre Notas-Claros (que era un fraile muy sabio, por más mengua): — Salvo alguna excepción (que son muy raras), no hay *honra* ni *virtud* más que en la lengua. —

¿Lo has entendido? ¡Oh mengua!
¡No hay honra ni virtud más que en la lengua!

IV

EL AMOR

¿Qué hizo el hombre, — dirás, Emilia bella, — con la llama de AMOR? — ¡Ay!! el idiota la torpe sangre se inflamó con ella.

Y así, de *amor* si el huracán azota, por sus entrañas circulando ardiente, el torpe incendio á los sentidos brota.

Lleva el *amor* su antorcha diligente por aldeas, por villas y por plazas, de nación en nación, de gente en gente.

Diablo es *amor* de angelicales trazas que, estirpes con estirpes confundiendo, las razas asimila con las razas.

Ora hacia el lecho conyugal corriendo, de alta estirpe pervierte al tronco honrado de un ruin árbol el germen ingiriendo.

Ora, en traje modesto disfrazado, la inocencia sorprende en la cabaña, de mirtos y de rosas coronado.

Ya con infame ardor montando en saña, la augusta luz de la imperial diadema con niebla eterna el deshonor empaña;

Y en el furor de su ilusión extrema, con vil incesto ignominiosamente el santo hogar donde nacimos quema.

Pasa, gozada una pasión ardiente, ¡oh fútil brillo de la gloria humana! como todos los goces, de repente.

Y hasta los fuegos que tu pecho emana, mañana acabarán, Emilia mía; ¡sí, Emilia mía; acabarán mañana!»

El más seguro *amor* que el cielo envía, entre el montón de los recuerdos vaga, después que pasa un día y otro día.

¡Es triste que el *amor*, que tanto halaga, se extinga, no apagándolo, en pavesas, ó en cenizas se extinga, si se apaga!

Mas, pese á las promesas más expresas, muere el *amor* más tierno confundido entre cartas y dijes y promesas.

Y á llegar fácilmente reducido al término infalible de la muerte, en ceniza ó en pavesas convertido, fuego es *amor* que en aire se convierte.

Advierte, Emilia, advierte:
¡Fuego es amor que en aire se convierte!

V

LA FE. — LA GLORIA

La bribonada, Emilia, ó la simpleza, cometió el hombre de poner FE y GLORIA donde está la locura, en la cabeza.

Por eso en nuestra mente transitoria la *fe*, que muchos con placer veneran, es tan fútil cual rápida memoria.

Y aunque se indignen los que en ella esperan, la *gloria* es sueño; ¡oh! sí, simple embeleso, sombra, ilusión, ó lo que ustedes quieran.

¡A cuánto exceso arrastra, á cuánto exceso, ese tropel de imágenes que crea la propiedad fosfórica del seso!

¡Por la *gloria* el mortal llegar desea á la inmortalidad! ¡Nombre rotundo! ¡Buen lugar para el tonto que lo crea!

Por la *fe*, en este piélago profundo, mil cosas aguardamos tras la losa; ¡oh esperanza dulcísima del mundo!

Y sólo por la *gloria*, — AQUÍ REPOSA, — grabamos en sonoras expresiones, — DON FULANO DE TAL, QUE FUÉ TAL COSA. —

Y por más que en tan vagas emociones su existencia malgasta con empeño (su destino es correr tras de ilusiones), *gloria* y *fe* para el hombre son un sueño.

No lo olvides, mi dueño:
¡Gloria y fe para el hombre son un sueño!

CONCLUSIÓN

Ya que mi atroz prolijidad lamentas, voy, Emilia, á decir, por consiguiente, lo que es el hombre en resumidas cuentas:

Ahoga el *interés* primeramente su *honra* y su *virtud*, su *fe* y su *gloria*; y con *frío* y *calor* tan sólo siente.

En fin, porque ya abrumo tu memoria, de las virtudes lloraré la ausencia, pues mi pasión por ellas te es notoria.

¡FE, SENTIMIENTO, AMOR, HONRA Y CONCIENCIA, pues se os desprecia, abandonad el suelo, ensueños de mi cándida inocencia!

¡Tornad, fuentes del bien, tornad el vuelo, para castigo de la humana gente, á vuestra patria natural, el cielo!

¡GLORIA Y VIRTUD! yo os juro tiernamente que, al alejaros, desgarráis atroces el corazón donde os guardé inocente.

¡Huid á mi pesar, huid veloces, leves emblemas del orgullo humano, sonoros ecos de proscritas voces!

¡Adiós! Y, por dar fin, bésoos la mano, pues ya me llena de mortal despecho la convicción de que predico en vano.

Que á ahogar el hombre sus virtudes hecho, sólo le han de afectar, á pesar mío (por Dios, que este final desgarró el pecho), *Calor*, *hambre*, *interés*, *amor* ó *frío*...

Apréndelo, bien mío:
¡CALOR, HAMBRE, INTERÉS, AMOR Ó FRÍO!...



XXIX

¡AY DEL QUE NACE Ó MUERE!

— ¡Adiós por siempre, hijo del alma mía! —
un triste anciano al expirar clamaba;
y el tierno infante que su sien besaba,
— ¡Adiós por siempre! — el infeliz decía.

Vertió el viejo la lágrima postrera,
y vertió la primera el niño en tanto;

y confundidas última y primera,
símbolo fueron de su igual quebranto.

¿Cuál lágrima, decid, en mal tan fuerte,
del corazón brotó más dolorida?
¿La del que el mal primero halló en la vida,
ó la de aquel que un bien halló en la muerte?...

XXX

HISTORIA DE UN AMOR

*Pero, si alcanza lo que deseaba, siente
luego pesadumbre por el remordimiento
de la conciencia que siguió á su apetito...*

(KEMPIS: Imit. de Cristo, lib. 1, cap. vi.)



I

DESEO

— Román, tu ciencia es incierta;
me ha dicho quien bien lo sabe
que es la pureza una llave
que abre del cielo la puerta.

— Victoria, por Dios, ahora
de la juventud gocemos,
porque, después que expiremos,
lo que ha de pasar se ignora.

— No gozo por no penar.
— Pues es igual, á mi ver,
gozar para padecer
que padecer por gozar.

Si Dios nos cierra su gloria,
en el infierno, algún día,
será inmortal, alma mía,
de este placer la memoria.

Porque un recuerdo tan fuerte,
de tan grande bienandanza,
traspasa, cual la esperanza,
los límites de la muerte.

Hoy mis deseos coronas
del favor más soberano,
con esta trémula mano
que en tu embriaguez me abandonas.

Deja que en ansia tan loca
una mi frente á tu frente,
porque me ahoga el ambiente
que no perfuma tu boca.

Pon en tu blando extravío,
para calmar mis antojos,
tus ojos junto á mis ojos,
tu corazón junto al mío.

II

PLACER

Es imposible, Victoria,
que haya un tormento
que me haga olvidar la gloria
de este momento.
No; quien dicha tan cumplida
á ver llegó,
ni en la eternidad la olvida.

— ¡Ay, no! ¡Ay, no! —

Mi ser de tu ser recibe
mutuos placeres;
y, pues uno en otro vive,
nuestros dos seres,
en tan dulce parasismo,
¿no es cierto, dí,
que son partes de un ser mismo?

— ¡Ay, sí! ¡Ay, sí! —

Si cuestan horas serenas
penas sin cuento,
vale un infierno de penas
este momento.
Dí si en tu virtud pasada
tu alma encontró
satisfacción más colmada.

— ¡Ay, no! ¡Ay, no! —

Modera tu ardor, querida,
por un instante,
que no hay deleite en la vida
más adelante...

¡Victoria! — ¡Román! — La muerte
á mí — y á mí

— hálleos ¡ay! de esta suerte.

— ¡Ay, sí! ¡Ay, sí! —

III

HASTÍO

¡Pasó! La hiel de un repugnante hastío,
ya en tu indolencia paladeando vas;
jamás mi fe te pagará, bien mío,
ese rubor que devorando estás.

— ¿Jamás?

— ¡Jamás!

¡Pasó! Yo he abierto el insondable abismo
do tu inocencia sepultando irás:
el placer es verdugo de sí mismo;

jamás el gusto sin dolor verás.

— ¿Jamás?

— ¡Jamás!

¡Pasó! Por culpa de un fugaz contento
siendo ludibrio de tí misma estás:
ya el puñal de un atroz remordimiento
¡perdón! *jamás* lejos de tí verás.

— ¿Jamás?

— ¡Jamás, paloma sin candor, *jamás!*...

